LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

**LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016
© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:
Clotilde Esclapez Selva

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización
de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

UN ANÁLISIS DE GEOGRAFÍA HISTÓRICA: OFIR Y TARSIS EN LA BIBLIA

Arcadio del Castillo

Universidad de Alicante

En un trabajo que publicamos en el año 1988 llevamos a cabo el análisis de un cierto número de textos que aportan noticias sobre la existencia de un tráfico comercial entre la ciudad de Tiro y dos extraños lugares que aparecen denominados con los nombres de Ofir y Tarsis, cuya ubicación, en particular por lo que atañe a este último, ha sido objeto de debate por parte de numerosos historiadores. Estas noticias aparecen en el Antiguo Testamento (del Castillo, 1988: 23-42); casi todas ellas se redactaron en fechas muy anteriores en el tiempo a los textos griegos y latinos que hacen referencia a los fenicios, pero en absoluto son contemporáneas de los hechos narrados, de los que se hallan distantes varios siglos. En concreto, algunos textos de Reyes, Crónicas, Ezequiel, Génesis, Isaías, Jeremías, Jonás y Salmos proporcionan datos más o menos significativos sobre dicho circuito comercial.

En términos generales, merced a estas fuentes sabemos que, desde la época del rey Salomón de Israel y de Hiram I de Tiro, es decir, alrededor de mediados del siglo X a.C., tuvieron lugar expediciones comerciales que iban a Ofir y Tarsis. A este respecto resultan particularmente interesantes algunas noticias, recogidas en Reyes y Crónicas, que ponen de manifiesto que Salomón hizo construir una flota en Asiongaber, a orillas del mar Rojo, y que Hiram I envió a bordo de los navíos a sus siervos, marineros y conocedores del mar, junto con los siervos de Salomón, dirigiéndose a Ofir en busca de oro, y de allí trajeron 420/450 talentos del preciado metal que llevaron a Salomón, así como madera de sándalo en gran cantidad y piedras preciosas (1 Reyes 9, 26-28; 2 Crónicas 8, 17-18. Cf. 1 Reyes 10, 11; 2 Crónicas 9, 10). Precisan asimismo que Salomón tenía en el mar naves de Tarsis que navegaban con las de los siervos de Hiram I y que llegaban periódicamente cada tres años, previsiblemente procedentes de Tarsis, cargando oro, plata, marfil, monos y pavos reales (1 Reyes 10, 22; 2 Crónicas 9, 20-21). Indican también que el rey Josafat de Judá, c. 870-848 a.C., construyó naves de Tarsis para ir a Ofir en busca de oro, si bien fracasó, porque las naves

se destrozaron en Asiongaber (1 Reyes 22, 49); un acontecimiento del que poseemos un relato que ofrece un matiz digno de ser tenido en cuenta: el rey Josafat de Judá se asoció con el rey Ocozías de Israel, c. 853-852 a.C., para conseguir naves que fueran a Tarsis, las cuales, en efecto, fueron construidas en Asiongaber, aunque no pudieron culminar la empresa a causa de una tempestad que destruyó las naves (2 Crónicas 20, 35-37).

Por lo que atañe a Tarsis, ciertamente se ha puesto de relieve que algunos de estos textos no hacen referencia concreta a un lugar así denominado, sino a una clase de naves, las “naves de Tarsis”. Razón por la cual algunos investigadores han tendido a pensar que con la expresión “naves de Tarsis” designaban un cierto tipo genérico de navío grande y apropiado para realizar largas travesías, equivaliendo su nombre y su empleo al de nuestros actuales transatlánticos, los cuales se llaman así, aunque navegan por otros mares distintos del océano Atlántico. Ahora bien, de dichos relatos resulta evidente que Tarsis era asimismo un enclave geográfico. Y, por lo demás, otros textos inciden en la misma realidad. Así Ezequiel narra cómo los de Tarsis traficaban con Tiro en gran abundancia de productos de toda suerte, y pagaban a los tirios sus mercancías en oro, plata, hierro, estaño y plomo (Ezequiel 27, 12); Isaías indica que se reunían las naves con los navíos de Tarsis a la cabeza para traer de lejos a sus hijos con su oro y su plata (Isaías 60, 9); y asimismo Jeremías hace referencia a plata laminada venida de Tarsis y oro procedente de Ofir (Jeremías 10, 9).

Parece también incuestionable que Tarsis y Ofir se ubicaban en el mismo ámbito. Así se desprende de las narraciones que recogen Reyes y Crónicas del episodio de Josafat (1 Reyes 22, 49; 2 Crónicas 20, 35-37). Ambas parecen denotar que las naves de Tarsis podían ir tanto a Tarsis como a Ofir, lugar este último que, como veremos, se suele situar en algún punto de Oriente, pero precisan, además, dichas fuentes que tales expediciones navales utilizaban como punto de partida el puerto de Asiongaber, que se hallaba en el actual golfo de Akaba. Ello pone de manifiesto que el circuito comercial al que aluden Reyes y Crónicas necesariamente tenía que unir enclaves situados en el océano Índico, de manera que Tarsis no podía estar ubicada en el Mediterráneo.

Por otra parte, ya hemos indicado en otros trabajos que consideramos que los textos bíblicos, en general, cuando hacen referencia al país de Tarsis mencionan al mismo tiempo otros enclaves no demasiado alejados de la esfera de Israel. Es el caso de Asiongaber, en el actual golfo de Akaba, que ya hemos puesto de manifiesto, pero también inciden en la misma realidad las alusiones a Quitim en Chipre, a Rodanim o los habitantes de Rodas, a Elisa, en el Peloponeso para unos y para otros identificada con Alasia en Chipre, a Javán o tierras de los jonios, que habitaban en las islas del mar Egeo y en la costa occidental de Asia Menor (Génesis 10, 4: *...hijos de Javán*

[hijo de Jafet]: Elisa y Tarsis, Quitim y Rodanim. Cf. 1 Crónicas 1, 7; Isaías 66, 19), o a otros puntos citados asimismo juntamente con Tarsis, como Put, tal vez en el noreste de Africa, Lud, probablemente las tierras de los lidios de Asia Menor, Mosoc, al sureste del mar Negro y en su vecindad Tubal y Ros (Isaías 66, 19: *Yo les daré una señal, y mandaré sobrevivientes de ellos a Tarsis, a las naciones de Put, de Lud, de Mosoc, de Ros, de Tubal y de Javán; de las islas lejanas, que no han oído nunca mi nombre y no han visto mi gloria, y pregondarán mi gloria entre las naciones*), Dedan, en el noroeste de Arabia, junto al mar Rojo, Sheba en Arabia (Ezequiel 38, 13: *Sheba y Dedan y los mercaderes de Tarsis y todos sus jóvenes leones te dirán: ¿Vienes en busca de botín? ¿Has reunido toda esa muchedumbre para saquear, en busca de plata y de oro, para tomar ganados y riquezas, para hacer gran botín?* Cf. Salmos 72, 10), Saba, que algunos autores sitúan en Etiopía y otros en Arabia (Salmos 72, 10: *Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán sus dones, y los soberanos de Sheba y de Saba le pagarán tributo*). Se trata, pues, en la totalidad de los casos de lugares relativamente cercanos al reino de Israel (las respectivas ubicaciones de los lugares se pueden consultar, por ejemplo, en García Cordero, 1967: 187, 389-390, 888-890 y 902; Id., 1977: 61-64).

Y, por lo demás, no podemos olvidar la estrecha relación existente, a nivel comercial, entre Tarsis y Ofir, a la que ya hemos hecho referencia. Por lo que atañe a la localización de Ofir, se han sugerido varias posibilidades: A) **La India**, concretamente en Suppura, cerca de la actual Kalian, al norte de Bombay (por ejemplo, Schreiden, 1953: 587-588; Pirenne, 1957: 67; Barnett, 1957: 60 y 168). B) **Arabia**: en Omán (Seetzen, 1810: esp. 231-235); en el suroeste, en la costa del mar Rojo entre la región de Hiyaz y Yemen que las fuentes griegas y arábigas consideraban como una Costa de Oro (Moritz, 1923: esp. 90-93. Cf. también esp. Montgomery, 1934: 38-39 n. 5 y 177-178; Culican, 1966: 77-78, aunque no desdénando la existencia de un comercio con la India); en el sur o también puede que en Somalia (García Cordero, 1967: 475); y tanto en Arabia como en el Extremo Oriente, en la India (Harden, 1962: 159; Gibson, 1973: 16). C) **Etiopía-Somalia**: expresamente en Adulis cerca de Massawa en Eritrea (Herrmann, 1931: 77); en la costa africana de Somalia (Albright, 1946: 133-134; van Beek, 1958: 146; Ryckmans, 1960: esp. 749); en algún lugar de Kush (North, 1967: esp. 201; Lemaire, 1977: 254); en el sur del mar Rojo, incluso en Arabia o en Etiopía-Somalia (Renz y Röllig, 1995: 230 n. 3); en Adola (Kebri Mangest), en la zona Borena de la región Oromia, en el sur de Etiopía (Balsan, 1970: 66-69; Id., 1971: 251-252); en Etiopía o en Somalia (Jaroš, 1982: 67 n° 39); y por lo demás Somalia e India podrían tener las mismas posibilidades para la localización del Ofir salomónico (Christidès, 1970: esp. 242-243).

En suma, para algunos autores Ofir debía de estar situada en la India; otros consideran que posiblemente se ubicaba en Arabia o en Etiopía-So-

malia, pues los egipcios explotaban minas de oro en esta zona y Salomón se surtía de oro procedente de estas tierras orientales del mar Rojo. De manera que no existe unanimidad con respecto a su localización concreta, pero todas las hipótesis coinciden en situarla en Oriente, lo que implica que para llegar a este enclave necesariamente había que navegar por el océano Índico. Y en el mismo ámbito tenía que hallarse Tarsis, que debió de ser asimismo un lugar situado en el océano Índico, seguramente en las proximidades del mar Rojo. Así adquiere perfecto sentido la relación que establecen las fuentes bíblicas entre Tarsis y Ofir y el puerto de Asiongaber.

Y, desde luego la existencia de ambos enclaves -Ofir y Tarsis- se halla fuera de toda posible duda merced a sendos *ostraca*. Uno del siglo VIII a.C., encontrado en Tell Qasile, menciona una contribución a una de las dos ciudades gemelas de nombre Bet-horon o posiblemente al templo del gran dios cananita Hauron en “oro de Ofir” (Perrot, 1949: 157; Maisler, 1951: 265-267; Moscati, 1951: 113 n° 11; Vogt, 1952: 441; Barnett, 1957: 60; Ryckmans, 1960: 750; Harden, 1962: 159-160; Culican, 1966: 77; Gibson, 1973: 15-17; Teixedor, 1971: 421 n° 51; Hestrin *et al.*, 1973: 29 n° 42; Lemaire, 1977: 253-255; Cross, 1980: 3-4; Jaroš, 1982: 67 n° 39; Stieglitz, 1984: 141; Naveh, 1985: 16; Millard, 1989: 31 y 34; Renz y Röllig, 1995: 230-231 y n. 4; Dobbs-Allsopp *et al.*, 2005: 403-404). Otro de la colección Sh. Moussaïeff, que posiblemente habría de datarse en la segunda mitad del siglo VII a.C., alude a una contribución al templo de Yahveh en “plata de Tarsis” (Bordreuil *et al.*, 1996: 49-61; Id., 1998: 3-5 y 7; Shanks, 1997: 29-30; Dobbs-Allsopp *et al.*, 2005: 567-570).

Contamos, además, con otros datos que vienen a corroborar la idea de que Tarsis se hallaba en Oriente: los productos objeto de comercio. Es cierto que muchas de las mercancías procedentes de Tarsis y Ofir, en concreto todos o casi todos los metales citados en los textos bíblicos como oriundos de ellas, son los mismos que posteriormente aparecen frecuentemente mencionados en los escritores griegos y latinos, como objeto del tráfico mercantil fenicio; metales que dieron justa fama a la península Ibérica sobre todas las tierras del Mediterráneo. Pero, no podemos olvidar que las fuentes bíblicas, cuando se refieren al comercio con Tarsis, no solo mencionan los metales, especialmente la plata, sino también otros productos, como el marfil, los monos y los pavos reales, que muy difícilmente se pueden encontrar en el Mediterráneo. A este respecto se deben tener en cuenta las apreciaciones que hace Barnett (1957: 59 y n. 10, y 168. Cf. también Weinstein, 2000: 24) en referencia a algunas de las mercancías citadas, manteniendo que los términos utilizados en hebreo para designarlas derivan de palabras de lenguas de la India (sánscrito, tamil). Como ya hemos indicado, este autor considera que Ofir se ubicaba en la India, y no muy lejos debía de hallarse Tarsis. Así debió de ser, pues necesariamente Tarsis tenía que ubi-

carse en algún lugar en el que se pudieran obtener con facilidad todos los productos, no solamente los metales, mencionados en los textos bíblicos como característicos del comercio con dicho enclave.

Pese a tales evidencias, un importante número de investigadores se han mostrado decididos partidarios de considerar que Tarsis se hallaba en zonas occidentales referentes al Mediterráneo (cf. del Castillo, 1988: 30-32), rechazando cualquier posibilidad de que estuviera ubicada en algún punto de Oriente. Tres son las fuentes cuya interpretación ha propiciado la localización de Tarsis en Occidente; en algún punto del Mediterráneo: una inscripción fenicia, descubierta en Cerdeña, conocida como Estela de Nora, probablemente del siglo IX a.C.; la denominada Inscripción del rey asirio Asarhadon, 680-669 a.C.; y un texto bíblico, del Libro de Jonás, cuya redacción se efectuó probablemente durante el período persa, en torno a los siglos V-IV a.C., aunque se refería posiblemente al profeta Jonás, hijo de Amittai, de Gat-hefer, que vivió durante el reinado de Jeroboam II, 782-753 a.C., tal como aparece mencionado en Reyes (2 Reyes 14, 25).

La primera de las fuentes mencionadas, la denominada Estela de Nora, podría apuntar, y así lo han pretendido algunos historiadores, hacia una ubicación de Tarsis en la zona del Mediterráneo occidental.

Sin embargo, el texto, puesto que no está segmentado, ha posibilitado dos interpretaciones diferentes, a saber, que fuese una mención a la erección de un templo o bien a Tarsis. Con pequeñas variantes las dos interpretaciones se plasmarían de la forma siguiente: la primera de ellas haría referencia a la conmemoración de la construcción, por parte del oficial al mando, de un templo en un determinado cabo que se encontraba en Cerdeña; la segunda en general permitiría deducir la conmemoración de la llegada de un ejército desde Tarsis hasta Cerdeña, o simplemente una victoria en la propia Tarsis. Por todo cuanto acabamos de expresar, creemos que no es posible tener en cuenta el texto de la Estela de Nora para intentar resolver el problema de la ubicación de Tarsis. Lo cierto es que lo único realmente claro es que los fenicios, conforme a los usos antiguos, lo primero que hacían era construir una casa para la divinidad, de forma que al llegar a un lugar erigían inmediatamente un altar, donde se sacrificaba y se preparaba el lugar santo en el que se rendía culto a los dioses de la metrópoli y a los del mar y del viaje. Con ello no estamos aceptando sin más la interpretación referida a la construcción de un templo, pero hemos de manifestar que resulta tal vez más coherente.

Por nuestra parte estimamos que la lectura que interpreta que en la primera línea de la Estela de Nora existe una mención a Tarsis parece extremadamente dudosa y, por ello, absolutamente discutible. De hecho, resulta ser muy poco coherente, como hemos demostrado en un análisis histórico sobre ello. Por esta razón consideramos que, como creemos haber demos-

trado, no es posible tener en cuenta este texto para resolver el problema objeto de análisis en el presente trabajo (del Castillo, 2003: 3-32. Cf. Id., 1988: 32-33). Nadie pone en duda la presencia de los fenicios en el Mediterráneo occidental, y buena prueba de ello es la mera existencia de la Estela de Nora, una inscripción fenicia que, cualquiera que sea la interpretación que se haga del texto, demuestra que los fenicios estuvieron en Cerdeña en el siglo IX a.C.; y lo mismo cabe decir del denominado Fragmento de Nora en Cerdeña, que Cross (1979: 103-105) ha fechado en el siglo XI a.C., aunque parece más coherente el planteamiento de Ferron (1969: 69), que ha defendido la contemporaneidad y también el estilo del Fragmento de Nora y la Estela de Nora, al tiempo que los signos que se utilizan en ambas inscripciones pertenecen al mismo alfabeto, concluyendo que cronológicamente hay que datarlos en el siglo IX a.C. Naturalmente todo ello refuerza la idea de la llegada de los fenicios a la península Ibérica, así como la fecha que las fuentes clásicas proporcionan para la fundación de Gadir.

Por lo que atañe a la inscripción Assur 3916 del rey asirio Asarhadon, el texto parece citar entre las conquistas de este soberano a Tarsis, junto a zonas como Chipre y Javán: *Los reyes del medio del mar, todos ellos del país Iadanana [Chipre], del país Iaman [Javán] hasta el país Tarsisi, se inclinan bajo mis pies* (Borger, 1956: 86 n° 57 anverso líneas 10-11). Ahora bien, el término *Tarsisi*, tal como se especifica en la Inscripción de Asarhadon, implica que era un lugar dentro de los límites del propio Imperio asirio; en cuyo caso habría que pensar que se trataría de un lugar enclavado dentro de los límites del propio dominio de Asiria durante el gobierno del referido rey.

Aunque los textos sumerios y akkadios contienen una vasta cantidad de información geográfica, solamente dos fuentes, a saber, “El Mapa Babilónico del Mundo” (compuesto no antes del siglo IX a.C., cf. Horowitz, 1998: 25) y “La Geografía de Sargón” (el autor del texto cuneiforme sintetizó una cierta variedad de materiales, de los cuales no todos pertenecían directamente a Sargón de Akkad, y fue compilado por un escriba que tuvo acceso a una gran cantidad de materiales, componiéndolo durante el período neo-asirio, tal vez en el reinado de Sargón II, 721-705 a.C., o más probablemente en la época de sus sucesores, Senaquerib, 704-681 a.C., o Asarhadon, cf. Horowitz, 1998: 78 y 93), aportan descripciones de la superficie de la tierra, la cual consiste en una visión tripartita, que se esquematiza en un continente central (que se consideraba relativamente pequeño), el mar, y territorios de más allá del mar, no importando que algunas de las tierras que se califican como de “más allá del mar” se puedan encontrar situadas realmente en zonas continentales, puesto que la razón para catalogarlas de esa manera era que en los tiempos antiguos se llegaba a ellas normalmente por vía marítima; y, por lo demás, la superficie de la tierra se dividía en cuatro

partes o regiones: Norte, Sur, Este y Oeste, al tiempo que consideraban que el continente se encontraba rodeado por un océano cósmico, cuyas partes más señaladas eran el mar Superior, Mediterráneo y el mar Inferior, golfo Pérsico, océano Indico (Horowitz, 1998: esp. 93-94, 320-321 y 324-325). Asiria se localizaría cerca del centro de la superficie terrestre, la cual posiblemente concebían como un círculo, lo que implica que se extendía hasta el sur del golfo Pérsico, sobrepasaba los límites orientales de Irán, la costa norte del mar Negro y los límites occidentales del Egipto actual, incluyendo a la isla de Creta dentro de dicho círculo (Horowitz, 1998: 95 y 333).

Pues bien, aunque Shamsi-Adad I de Asiria, 1813-1781 a.C., llegó a vanagloriarse de haber llegado hasta el mar Mediterráneo, en cuya costa habría ordenado colocar una estela conmemorativa con su nombre, lo cierto es que los asirios no consiguieron expansionarse hasta la orilla del referido mar con anterioridad a los reinados de Tiglat-pileser I, 1115-1077 a.C., y de Asur-bel-kala, 1074-1057 a.C., y de una forma definitiva a partir del de Asur-nasir-pal II, 883-859 a.C., y sus sucesores, aunque únicamente queda constancia de que se adentraron en este mar al conseguir Sargón II el dominio de la isla de Chipre, afianzándose en ella sus sucesores, Senaquerib, Asarhadon, y Asurbanipal, 668-627 a.C. (cf. por ejemplo, Malamat, 1998: 367-372).

Obviamente toda la parte occidental del Mediterráneo estaba situada muy lejos de la superficie terrestre según el esquema de los asirios, y por ello no podía ni tan siquiera ser tenida en cuenta; razón por la cual el país *Tarsisi* no podría ser identificado de ninguna manera con ningún lugar situado en esa zona.

Naturalmente el texto de la inscripción asiria de Asarhadon define los límites del dominio, desde el punto de vista marítimo, del Imperio asirio. De manera que Tarsis tenía que ubicarse necesariamente dentro de los propios límites marítimos de dicho Imperio asirio en época de Asarhadon, en cuyo caso Tarsis debía de estar muy probablemente en el océano Indico, y tal vez concretamente en el mar Rojo. Y, por lo tanto, el texto viene a corroborar las noticias que poseemos acerca de la política seguida por el rey Salomón en lo atinente al aprovisionamiento de los productos que estimaba necesarios. Según los relatos bíblicos, a los que ya hemos hecho referencia, obtenía dichos productos en las regiones del mediodía y levante de su reino, las cuales eran un auténtico bazar de todas las materias preciosas en la Antigüedad; y, como la vía de acceso a estas regiones tenía que ser la marítima, Salomón mandó construir una flota en Asiongaber, en el actual golfo de Akaba, con naves de Tarsis, para lo que solicitó la ayuda de Hiram I de Tiro, el cual mandó a su gente, que eran expertos marinos sin rival en la Antigüedad, ya que los Israelitas no habían tenido, hasta entonces, ningún contacto con el mar. No podemos ni plantearnos la posibilidad de que los

fenicios estuvieran dispuestos a prestar su colaboración para que las naves de Salomón pudieran llegar a lugares ignotos por rutas solamente por ellos conocidas, como era el Occidente más lejano; un espacio que, sin duda, los fenicios tenían el mayor interés en preservar para la navegación exclusiva. En cambio, sí parece asumible que los fenicios colaborasen con el reino de Israel para facilitar el intercambio comercial de este con lugares próximos y por rutas ampliamente conocidas.

A este respecto, no deja de ser definitivo el hecho de que la referencia a los reyes del medio del mar en el texto de la Inscripción de Asarhadon viene después de enumerar sus conquistas, apareciendo citados: Sidón (Borger, 86 n° 57 anverso línea 2), Arza (Borger, 86 n° 57 anverso línea 3), Bazu (Borger, 86 n° 57 anverso línea 4), Tilmun (Borger, 86 n° 57 anverso línea 5), Shubria (Borger, 86 n° 57 anverso línea 6), Tiro (Borger, 86 n° 57 anverso línea 7), Egipto y Patros (Borger, 86 n° 57 anverso línea 8), y Kush (Borger, 86 n° 57 anverso líneas 8-9). Y, habida cuenta de que Bazu parece situarse en el noroeste de Arabia y Tilmun en el golfo Pérsico, siendo muy posiblemente Bahrein, parece lógico suponer que se trata de una delimitación en ambos mares en el océano cósmico, esto es el mar Superior y el Inferior. Así pues, resulta ser una extensión amplia, que cubre más allá del Mediterráneo; y se presenta justo antes de especificar que el referido rey asirio había establecido su poder sobre los reyes de las cuatro partes de la Tierra (Borger, 86-87 n° 57 anverso línea 11), lo que presenta un paralelismo con la parte del texto en estudio en referencia al nivel marítimo.

Lo que desde luego es muy asumible, como ya hemos manifestado en otros trabajos, es que respecto a la Inscripción de Asarhadon un texto de Asurbanipal, que aparece recogido en el Prisma B, resulta ser un claro paralelo. En él tras aludir a que reinaba desde el mar Superior al mar Inferior y que los reyes del amanecer y del ocaso le aportaban su duro tributo, dice que los pueblos que vivían en el mar y aquellos que habitaban las altas montañas sometió bajo su yugo (Borger, 1996: 94 y 205, Col. I líneas 41-45. Cf. Piepkorn, 1933: 30-31). Pues bien, esta referencia, a nuestro entender, se iguala al texto de Asarhadon, pues se trata igualmente de “un resumen general”. Y en este caso todo parece indicar que los pueblos a los que se refiere habrían de encontrarse en ambos mares. Y, por lo demás, el texto del rey asirio Asarhadon, como ya hemos indicado, define el dominio, a nivel marítimo, del rey asirio desde una zona hasta otra, desde luego dentro de los propios límites marítimos del mismo Imperio asirio, con lo que se debe de tratar de una delimitación que no puede aparecer definida hacia el Lejano Occidente, puesto que rápidamente nos saldríamos de la zona de dominio asirio, en cuyo caso Tarsis debía de estar muy probablemente en el mar Rojo o bien en el Indico (en general, del Castillo, 2004: 193-204. Cf. Id., 1988: 36-38).

Y, por lo demás, el texto del rey asirio Asarhadon nos parece absolutamente concluyente en el sentido de denotar, contra lo que parece deducirse del texto del Génesis ya mencionado, que Tarsis no podía estar situado tampoco entre las islas del Egeo o zonas vecinas, esto es, en la parte oriental del Mediterráneo, puesto que la referida inscripción resulta de una absoluta claridad, en el sentido de que, al referirse desde un lugar hasta otro, especifica de forma firme que, al incidir en Tarsis, se está denotando que se trata de un punto fuera del país de Javán (del Castillo, 2004: 204-205).

Y por último vamos a dedicar nuestra atención al texto del Libro de Jonás. Dicho texto especifica lo siguiente: *Levantóse Jonás para huir a Tarsis, lejos de la presencia de Yahveh; bajó a Jafo, y halló un barco que iba a partir rumbo a Tarsis. Pagó el pasaje y entró en él para irse con ellos a Tarsis, lejos de Yahveh* (Jonás 1, 3). Consideramos que resulta probable que el redactor del texto estuviera pensando que ya anteriormente estaba en funcionamiento el canal del Nilo hacia el mar Rojo, que quedó abierto por obra del rey persa Darío I, 522-486 a.C., según testimonia Heródoto (2, 158. Cf. 4, 39).

El canal abierto por Darío I de Persia partía del Nilo, un poco al sur de Bubastis, y discurría por el Wadi Tumilat, para dirigirse hacia el Sur antes de llegar al lago Timsah y alcanzar el golfo de Suez cerca de Kubri (Posener, 1936: 180; Id., 1938: 259). Y la confirmación de su apertura nos la ha proporcionado la aparición de una serie de estelas que fueron mandadas erigir, para conmemorar el hecho, por el referido monarca persa a lo largo del recorrido del canal: la primera se encontraba en Tell el-Maskhutah, en las cercanías del Wadi Tumilat; la segunda en un montículo situado entre el lago Timsah y el gran lago Amargo, en un lugar denominado Serapeum; la tercera cerca del pequeño lago Amargo, en las proximidades de Kabret; la cuarta a pocos kilómetros al norte de Suez, en las cercanías de Kubri (cf. Posener, 1936: 48-87 y 180-188 n° 8-10; Id., 1938: 271). Tales estelas recogen un texto cuneiforme trilingüe, en antiguo persa, elamita y akkadio, en el que se refiere que Darío I habría ordenado la excavación del canal, el cual fue cruzado y que los navíos habían navegado por él para llegar desde Egipto hasta Persia (por ejemplo, Versión antiguo persa líneas 7-12: Kent, 1942: 419; Id., 1953: 147. Versión elamita: Scheil, 1930a: 95; Id., 1930b: 295. Versión akkadia líneas 6-10: Scheil, 1930a: 96-97; Id., 1930b: 296-297. Cf. también, Posener, 1936: 77 y 180; Id., 1938: 271-272), y otro texto en jeroglíficos egipcios (en el reverso), en el que se ponen de manifiesto los detalles de la construcción del canal, especificando que Darío I había enviado un barco para reconocer el canal (posiblemente de Necho II), que habría dado como resultado la existencia de unos ochenta y cuatro kms. carentes de agua (la misma longitud existente entre la primera y la cuarta estela), por lo que el rey de Persia habría ordenado el inicio de los trabajos, y a su terminación una flota de veinticuatro o treinta y dos navíos habrían

atravesado por dicho canal hasta Persia (Posener, 1936: esp. 74-76 n° 9 (3° reg.) líneas 14-19; 181. Cf. 57 y 59 n° 8; 85 n° 10; Id., 1938: 272); asimismo hay que resaltar especialmente que en el texto jeroglífico aparece una lista con las veinticuatro satrapías existentes en ese momento del reinado de Darío I (Posener, 1936: esp. 53-54, 68-70 y 83-84 n° 8-10 (2° reg.); 181-188).

Por otra parte, el descubrimiento, por los arqueólogos de la Misión Arqueológica Francesa en el complejo palacial de la Apadana de Susa, de una estatua de Darío I, realizada sobre parámetros egipcios de la época, y en la que aparece una inscripción cuneiforme trilingüe, escrita en las tres lenguas oficiales del Imperio persa, a saber, antiguo persa, elamita y akkadio, así como varios textos en jeroglíficos egipcios, de los que el n° 5, escrito en las dos caras laterales de la base, detalla una relación de las veinticuatro satrapías persas del reinado de Darío I en el momento en que la estatua fue confeccionada, colocadas en el mismo orden en que aparecen en las estelas del canal de Egipto (Yoyotte, 1972: 256 y 258-259; Id., 1974: 183. Cf. Stronach, 1974: 63; Roaf, 1974: 75), fuerza a suponer que la estatua debe de haber sido transportada por vía marítima a través del canal egipcio hasta Persia, habida cuenta de que en el texto de la inscripción cuneiforme trilingüe se especifica que Darío I ordenó que la estatua fuese realizada en Egipto (Versiones antiguo persa, elamita y akkadia líneas 1-2: Vallat, 1972: 249-250; Id., 1974a 158-160; Id., 1974b: 161-163).

Y, por lo demás, teniendo en cuenta que Nínive estaba ubicada al noreste de Israel, y que si, como propone el texto, Jonás buscaba ir al extremo contrario de Nínive (pues pretendía desobedecer la orden de Yahveh), obviamente se dirigiría al Sur, esto es, hacia el mar Rojo, o puede que hacia el Sureste, es decir, hacia el océano Indico.

Desde luego, no deja de ser interesante que el relato bíblico indique que Jonás navegó desde Jaffa, un antiguo puerto cananeo, y que el gran pez que se lo tragó lo depositó en la llamada “puerta de Jonás”, en la costa del Mediterráneo, al norte de Siria, al oeste de Alexandreta, cerca de Issos. Así pues, Yahveh le habría llevado hacia el Norte, para ponerle en el camino lógico en dirección a Nínive, lo que implica naturalmente que el profeta Jonás había intentando huir en el sentido contrario, esto es, hacia el Sur. Y al respecto hemos de tener en cuenta que van Selms (1967: 89) considera que alguien que vivía en Gat-hefer, a unos cuatro kms. al noreste de Nazaret, en Galilea, y quería huir de Israel, es muy improbable que cruzase casi todo este país antes de encontrar un barco en el que cruzar el Mediterráneo, por lo que parecería natural asumir que un fugitivo desde Gat-hefer se dirigiese no hacia el Sur sino hacia el Noroeste, pues la distancia hasta otro antiguo puerto en la costa mediterránea, Acco (Acre), era sensiblemente menor y le llevaría un día en comparación con los tres que necesitaría para llegar a Jaffa. Lo cierto es que resulta indudable que Jonás se encaminó hacia el Sur

y se embarcó en un puerto del Sur porque naturalmente su huida era hacia el Sur (en general, del Castillo, 2007: 481-498. Cf. Id., 1988: 38-40).

En suma, consideramos que con nuestro planteamiento todos los datos de que disponemos encajan de manera lógica y sencilla. Los topónimos que aparecen en los textos de Antiguo Testamento se encuadran básicamente dentro de la esfera de relaciones próximas al reino de Israel, y tanto Ofir como Tarsis (más o menos cercanos entre ellos, como se ha mantenido) se insertan en el esquema comercial propio de ese mismo reino. Y por último, pero no menos importante, parece razonable pensar que los fenicios estarían dispuestos a ayudar al reino de Israel, su aliado, a navegar por rutas conocidas, pero nunca por aquéllas que eran exclusivas de su propio comercio, que lógicamente se reservarían celosamente en beneficio propio.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALBRIGHT, W.F. (1946): *Archaeology and the Religion of Israel*. Ed. Johns Hopkins Press. 2ª ed. Baltimore, XII+238 págs.
- BALSAN, F. (1970): “Les mines d’or du roi Salomon. Une nouvelle localisation d’Ofir”, en *Archeologia*, 37, págs. 66-69.
- BALSAN, F. (1971): “Peut-on situer l’Ophir de Salomon au sud-éthiopien?”, en *Journal de la Société des Africanistes*, 41, págs. 251-252.
- BARNETT, R.D. (1957): *A Catalogue of the Nimrud Ivories with other examples of Ancient Near Eastern Ivories in the British Museum*. Ed. The Trustees of the British Museum. Londres, 252 págs.
- BORDREUIL, P., ISRAEL, F. y PARDEE, D. (1996): “Deux ostraca paléo-hébreux de la collection Sh. Moussaïeff: I) Contribution financière obligatoire pour le temple de YHWH. II) Réclamation d’une veuve auprès d’un fonctionnaire”, en *Semitica*, 46, págs. 49-76.
- BORDREUIL, P., ISRAEL, F. y PARDEE, D. (1998): “King’s Command and Widow’s Plea: Two New Hebrew Ostraca of the Biblical Period”, en *Near Eastern Archaeology*, 61, págs. 2-13.
- BORGER, R. (1956): *Die Inschriften Asarhaddons Königs von Assyrien*. Ed. Im Selbstverlage des Herausgebers. Graz, X+133 págs.
- BORGER, R. (1996): *Beiträge zum Inschriftenwerk Assurbanipals. Die Prismenklassen A,B,C=K,D,E,F,G,H,I und T sowie andere Inschriften*. Mit einem Beitrag von Andreas Fuchs. Ed. Otto Harrassowitz. Wiesbaden, XVIII+388 págs.
- CULICAN, W. (1966): *The First Merchant Venturers. The Ancient Levant in History and Commerce*. Ed. Thames and Hudson. Londres, 144 págs.
- CHRISTIDÈS, V. (1970): “L’énigme d’Ofir”, en *Revue Biblique*, 77, págs. 240-247.

- CROSS, F.M. (1979): "Early Alphabetic Scripts", en *Symposia Celebrating the Seventy-Fifth Anniversary of the Founding of the American Schools of Oriental Research (1900-1975)*. Ed. American Schools of Oriental Research. Cambridge, MA, págs. 97-123.
- CROSS, F.M. (1980): "Newly Found Inscriptions in Old Canaanite and Early Phoenician Scripts", en *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 238, págs. 1-20.
- DEL CASTILLO, A. (1988): *La caída de Tartessos como explicación para la formación de una estructura política*. Ed. Gráficas Celarayn. León, 135 págs.
- DEL CASTILLO, A. (2003): "Tarsis en la Estela de Nora: ¿un topónimo de Occidente?", en *Sefarad*, 63, págs. 3-32.
- DEL CASTILLO, A. (2004): "Tarshish in the Esarhaddon Inscription and the Book of Genesis", en *Bibbia e Oriente*, 46, págs. 193-206.
- DEL CASTILLO, A. (2007): "Tarshish in the Book of Jonah", en *Revue Biblique*, 114, págs. 481-498.
- DOBBS-ALLSOPP, F.W., ROBERTS, J. J. M., SEOW, C. L. y WHITAKER, R. E. (2005): *Hebrew Inscriptions. Texts from the Biblical Period of the Monarchy with Concordance*. Ed. Yale University Press. New Haven, XXXV+804 págs.
- FERRON, J. (1969): "La seconde inscription archaïque de Nora: CIS 145", en *Wiener Zeitschrift die Kunde des Morgenlandes*, 62, págs. 62-75.
- GARCÍA CORDERO, M. (1967): *Biblia Comentada*, vol. III. Ed. La Editorial Católica. 2ª ed. Madrid, VIII+1348 págs.
- GARCÍA CORDERO, M. (1977): *La Biblia y el legado del antiguo Oriente. El entorno cultural de la historia de salvación*. Ed. La Editorial Católica. Madrid, XXIII+707 págs.
- GIBSON, J.C.L. (1973): *Textbook of Syrian Semitic Inscriptions, I. Hebrew and Moabite Inscriptions*. Ed. Oxford University Press. reimp. Oxford, XI+119 págs.
- HARDEN, D.B. (1962): *The Phoenicians*. Ed. Thames and Hudson, Londres, 336 págs.
- HERRMANN, A. (1931): *Die Erdkarte der Urbibel. Mit einem Anhang über Tartessos und die Etruskerfrage*. Ed. Georg Westermann. Braunschweig, 203 págs.
- HESTRIN, R., ISRAELI, Y., MESHORER, Y. y EITAN, A. (1973): *Inscriptions Reveal. Documents from the Time of the Bible, the Mishna and the Talmud*. Ed. Israel Museum. 2ª ed. Jerusalén, 126 págs.

- HOROWITZ, W. (1998): *Mesopotamian Cosmic Geography*. Ed. Eisenbrauns. Winona Lake, XIV+410 págs.
- JAROŠ, K. (1982): *Hundert Inschriften aus Kanaan und Israel*. Ed. Schweizerisches Katholisches Bibelwerk. Friburgo, 120 págs.
- KENT, R.G. (1942): "Old Persian Texts", en *Journal of Near Eastern Studies*, 1, págs. 415-423.
- KENT, R.G. (1953): *Old Persian. Grammar, Texts, Lexicon*. Ed. American Oriental Society. 2ª ed. New Haven, XI+219 págs.
- LEMAIRE, A. (1977): *Inscriptions hébraïques, I. Les ostraca*. Ed. Les Éditions du Cerf. París, 304 págs.
- MAISLER, B. (1951): "Two Hebrew Ostraca from Tell Qasile", en *Journal of Near Eastern Studies*, 10, págs. 265-267.
- MALAMAT, A. (1965): "Campaigns to the Mediterranean by Iahdunlim and other Early Mesopotamian Rulers", en *Studies in Honor of Benno Landsberger on his Seventy-Fifth Birthday. April 21, 1965*. Ed. University of Chicago Press. Chicago, págs. 365-373.
- MILLARD, A.R. (1989): "Does the Bible Exaggerate King Solomon's Golden Wealth?", en *Biblical Archaeology Review*, 15/3, págs. 20-34.
- MONTGOMERY, J.A. (1934): *Arabia and the Bible*. Ed. University of Pennsylvania Press. Filadelfia, IX+207 págs.
- MORITZ, B. (1923): *Arabien. Studien zur physikalischen und historischen Geographie des Landes*. Ed. Heinz Lafaire. Hannover, 133 págs.
- MOSCATI, S. (1951): *L'epigrafia ebraica antica 1935-1950*. Ed. Pontificio Istituto Biblico. Roma, XIX+123 págs.
- NAVEH, J. (1985): "Writing and Scripts in Seventh-Century B.C.E. Philistia: The New Evidence from Tell Jemmeh", en *Israel Exploration Journal*, 35, págs. 8-21.
- NORTH, R. (1967): "Ophir/Parvaim and Petra/Joktheel", en *Fourth World Congress of Jewish Studies*, Papers I. Ed. World Union of Jewish Studies. Jerusalén, págs. 197-202.
- PERROT, J. (1949): "Nouvelles archéologiques: Découvertes récentes en Palestine", en *Syria*, 26, págs. 155-158.
- PIEPKORN, A.C. (1933): *Historical Prism Inscriptions of Ashurbanipal, I. Editions E, B₁₋₅, D, and K*. Ed. University of Chicago Press. Chicago, XIII+109 págs.
- PIRENNE, J. (1957): "Chronique d'archéologie sud-arabe 1955-1956", en *Annales d'Ethiopie*, 2, págs. 37-73.

- POSENER, G. (1936): *La première domination perse en Égypte. Recueil d'inscriptions hiéroglyphiques*. Ed. Imprimerie de l'Institut Français d'Archéologie Orientale. El Cairo, XV+206 págs.
- POSENER, G. (1938): "Le canal du Nil à la mer Rouge avant les Ptolémées", en *Chronique d'Égypte*, 13/26, págs. 259-273.
- RENZ, J. y RÖLLIG, W. (1995): *Handbuch der althebräischen Epigraphik*, vol. I. Ed. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt, XIII+456 págs.
- ROAF, M. (1974): "Recherches dans le secteur est du tépé de l'Apadana en 1973-1974: The Subject Peoples on the Base of the Statue of Darius", en *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 4, págs. 73-160.
- RYCKMANS, G. (1960): "Ophir", en *Dictionnaire de la Bible*, Supplément, vol. VI. Ed. Librairie Letouzey et Ané. Paris, cols. 744-751.
- SCHEIL, V. (1930a): "Documents et arguments", en *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 27, págs. 93-101.
- SCHEIL, V. (1930b): "Inscription de Darius à Suez (Menues restitutions)", en *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale*, 30/1, págs. 293-297.
- SCHREIDEN, J. (1953): "Les entreprises navales du roi Salomon", en *Annuaire de l'Institut de Philologie et Histoire Orientales et Slaves de l'Université Libre de Bruxelles*, 13, págs. 587-590.
- SEETEN, U.J. (1810): "Mémoire sur Ophir", en *Annales des Voyages, de la Géographie et de l'Histoire*, 11, págs 219-235.
- SHANKS, H. (1997): "Three Shekels for the Lord. Ancient Inscription Records Gift to Solomon's Temple", en *Biblical Archaeology Review*, 23/6, págs. 28-32.
- STIEGLITZ, R.R. (1984): "Long-Distance Seafaring in the Ancient Near East", en *Biblical Archaeologist*, 47, págs. 134-142.
- STRONACH, D. (1974): "Recherches dans le secteur est du tépé de l'Apadana en 1973-1974: La statue de Darius le Grand découverte à Suse", en *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 4, págs. 61-72.
- TEIXIDOR, J. (1972): "Bulletin d'épigraphie sémitique 1972", en *Syria*, 49, págs. 413-449.
- VALLAT, F. (1972): "Une statue de Darius découverte à Suse: l'inscription cunéiforme trilingue (DSab)", en *Journal Asiatique*, 260, págs. 247-251.
- VALLAT, F. (1974a): "La triple inscription cunéiforme de la statue de Darius I^{er} (DSab)", en *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 68, págs. 157-166.

- VALLAT, F. (1974b): “Recherches dans le secteur est du tépé de l’Apadana en 1973-1974: Les textes cuneiformes de la statue de Darius”, en *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 4, págs. 161-170.
- VAN BEEK, G.W. (1958): “Frankincense and Myrrh in Ancient South Arabia”, en *Journal of the American Oriental Society*, 78, págs. 141-152.
- VAN SELMS, A. (1967): “Some Geographical Remarks on Jonah”, en *Old Testament Studies. Papers read at Tenth Meeting of Die Ou-Testamentiese Werkgemeenskap in Suid-Afrika held at the University of South Africa, July 1967*. Ed. Craft Press. Pretoria, págs. 83-92.
- VOGT, E. (1952): “Varia”, en *Biblica*, 33, pág. 441.
- WEINSTEIN, B. (2000): “Biblical Evidence of Spice Trade Between India and the Land of Israel: A Historical Analysis”, en *Indian Historical Review*, 27, págs. 12-28.
- YOYOTTE, J. (1972): “Une statue de Darius découverte à Suse: les inscriptions hiéroglyphiques. Darius et l’Égypte”, en *Journal Asiatique*, 260, págs. 253-266.
- YOYOTTE, J. (1974): “Recherches dans le secteur est du tépé de l’Apadana en 1973-1974: Les inscriptions hieroglyphiques de la statue de Darius à Suse”, en *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 4, págs. 181-183.